

LAS ILUSTRACIONES PARA *PEPITA JIMÉNEZ*, UNA CUMBRE EN LA OBRA DE ADOLFO LOZANO SIDRO

Miguel Forcada Serrano

Académico Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Ilustraciones.
Novela.
Altar.
Criada.
Fiesta.

Para celebrar el centenario del nacimiento del escritor Juan Valera se realizó en 1925 una edición especial de su mejor novela, *Pepita Jiménez*, para la que se pidió al pintor Adolfo Lozano Sidro que hiciera 20 ilustraciones que reflejaran la trama y sobre todo los escenarios en los que transcurría la novela. El trabajo de Lozano Sidro fue unánimemente elogiado por los críticos de la época, pero desde entonces, hace un siglo, la novela nunca se ha editado acompañada por tan magníficas ilustraciones.

ABSTRACT

KEYWORDS

Illustrations.
Novel.
Altar.
Maid.
Party.

To celebrate the centenary of the birth of the writer Juan Valera, a special edition of his best novel, *Pepita Jiménez*, was made in 1925, for which the painter Adolfo Lozano Sidro was asked to make 20 illustrations that reflected the plot and, above all, the settings, in which the novel takes place. Lozano Sidro's work was unanimously praised by critics of the time, but since then, a century ago, the novel has never been published accompanied by such magnificent illustrations.

El proyecto para celebrar solemne y públicamente el primer centenario del nacimiento del escritor y diplomático Juan Valera y Alcalá-Galiano se puso en marcha en 1920, cinco años antes de la fecha que se pretendía conmemorar. Según algunas fuentes, la iniciativa surgió de la mente de su hija Carmen Valera y Delavat o de su nieta.

Entre las actuaciones que se idearon, se concretó con especial interés la de realizar una edición de lujo de su novela *Pepita Jiménez*, enriquecida con una

colección de ilustraciones. El artista seleccionado para realizar estas ilustraciones va a ser Adolfo Lozano Sidro, aunque no tenemos claro con seguridad cómo se realiza esta elección del pintor de Priego ya que existen indicios sobre tres procedimientos distintos para esta elección. El primero es la posibilidad de un conocimiento mutuo entre miembros de las familias del escritor y del pintor ya que la familia del primero había vivido en Cabra siendo Adolfo todavía muy niño. El segundo es una posible recomendación del pintor y profesor de la Escuela Especial de Pintura en Madrid, José Moreno Carbonero, maestro y amigo de Lozano Sidro. Y el tercer procedimiento, que hasta ahora no he visto defendido en ningún lugar, es el que se refleja en el programa publicado en forma de tríptico por la empresa Calpe para difundir la edición de lujo de 1925 a la que nos estamos refiriendo. En dicho folleto se dice que se realizarán: «200 ejemplares numerados, encuadernados en piel y con 20 láminas en colores por Lozano Sidro, al precio único de 100 pesetas, fuera de comercio y accesible solo por suscripción previa, constando en cada ejemplar el nombre de los suscriptores». Y a continuación añade literalmente que «El nombre del ilustrador, a quien se debe la iniciativa del homenaje, asegura a las estampas de Pepita Jiménez, un éxito comparable al logrado en Inglaterra y Francia por ediciones de tipo semejante...». Es decir, que pudo ser el propio Lozano Sidro quien propusiera la creación de esas ilustraciones para una edición especial de la novela.

Aceptamos en todo caso que, para cubrir formalidades, Lozano Sidro recibió encargo de Carmen Valera y de la editorial Calpe para realizar su trabajo que, una vez publicado, resultó unánimemente elogiado. En realidad, podríamos decir que el mismo Juan Valera insinuó en el momento de la publicación de *Pepita Jiménez*, que su obra merecía los honores de aparecer bien ilustrada. Así, en el prólogo de la primera edición en forma de libro (1875), Valera afirmaba:

Es evidente sin embargo que una novela bonita no puede consistir en la servil, prosaica y vulgar representación de la vida humana: una novela bonita debe ser poesía y no historia, esto es, debe pintar las cosas no como son, sino más bellas de lo que son, iluminándolas con luz que tenga cierto hechizo.

En esta comunicación vamos a comprobar cómo Adolfo Lozano Sidro interpreta gráficamente los textos de Juan Valera «iluminándolos con mucho hechizo», como pedía el novelista, para hacerlos todavía más bellos. Seleccionamos para esta demostración diez de las veinte ilustraciones que

acompañaron a la edición de la novela en 1925. Anotamos entre paréntesis la página en que aparece el texto en la edición facsímil realizada por www.extramuros.es FACSÍMILES, en 2007.

La ilustración número 4 alude al texto:

No hay familia conocida que no me haya enviado algún obsequio. Ya me envían una torta de bizcocho, ya un cuajado, ya una pirámide de piñonate, ya un tarro de almíbar. (5)

Como puede comprobarse Lozano Sidro dibuja el momento en que se entrega un obsequio, pero añade un escenario que Valera no describe: el zaguán o portón de una casa señorial con su puerta tallada en madera, y un patio interior en el que destaca una bella columna de piedra con un extraordinario parecido con el patio de la casa en la que vivió el pintor en Priego, hoy museo Lozano Sidro.



Ilustración núm. 4

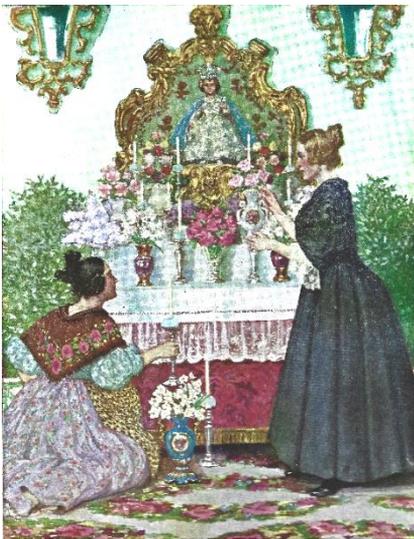


Ilustración núm. 5

La lámina número 5 interpreta el siguiente párrafo:

En un extremo de la sala principal hay algo como oratorio donde resplandece un niño Jesús de talla, blanco y rubio, con ojos azules y bastante guapo. Su vestido es de raso blanco, con manto azul lleno de estrellitas de oro, y todo él está cubierto de dijes y de joyas. El altarito en que está el niño Jesús se ve adornado de flores, y alrededor macetas de brusco y laureola, y en el altar mismo, que tiene gradas o escaloncitos, mucha cera ardiendo. (21)

En este caso, el pintor se ajusta a la detallada descripción del escritor añadiendo solo algunos objetos como las cornucopias y haciendo presentes a los personajes.

Para la número 6, leemos:

Tiene la casa limpísima y todo en un orden perfecto. Los muebles no son artísticos ni elegantes; pero tampoco se advierte en ellos nada de pretencioso y de mal gusto. Para poetizar su estancia, tanto en el patio como en las salas y galerías, hay multitud de flores y plantas (...) que están cuidadas con extraordinario mimo. (20)

Tal vez aquí, Lozano Sidro eleva el tono pues los muebles son... al menos elegantes. El parecido con una de las salas del Museo Lozano Sidro también es aquí muy grande.



Ilustración núm. 6

La ilustración número 7 reproduce con bastante exactitud el texto al que se refiere:

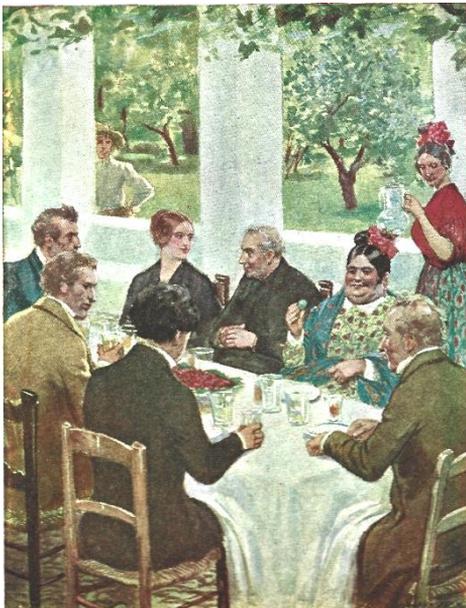


Ilustración núm. 7

[...] donde nos agasajó Pepita con una espléndida merienda, a la cual dio pretexto el comer las fresas, que era el principal objeto que allí nos llevaba. (...) Asistimos a esta gira el médico, el escribano, mi tía doña Casilda, mi padre y yo; sin faltar el indispensable señor vicario (...). No fue el hortelano, ni su mujer... quien nos sirvió la merienda, sino dos lindas muchachas, criadas confidentas de Pepita, vestidas a lo rústico, si bien con suma pulcritud y elegancia. (...) Sobre el moño o castaña, ostentaba cada una de estas doncellas un ramo de frescas rosas. (33)

En efecto, podemos identificar a cada personaje, e incluso las fresas en la mano de la tía Casilda

y hasta ese moño o castaña, rodeada de rosas sobre la cabeza de la criada.

Las ilustraciones número 9 y 10 no pueden ser más egabrenses ya que nos muestran, sin duda ninguna, la peregrinación a la ermita de la Virgen de la Sierra:

Hay santuario de estos que está en la cumbre de una elevadísima sierra, y con todo, no faltan aún mujeres delicadas que suben allí con los pies descalzos, hiriéndoselos con abrojos, espinas y piedras, por el pendiente y mal trazado sendero. (53)

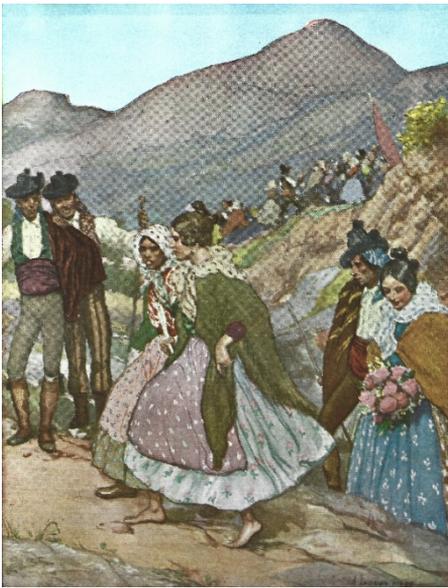


Ilustración núm. 9

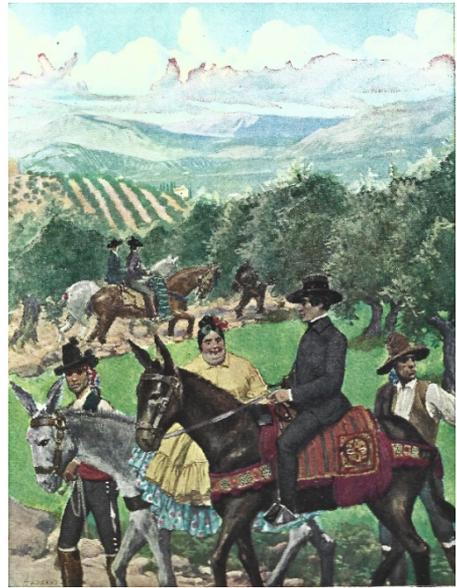


Ilustración núm. 10

Y más adelante: «... empezó a mortificarme el desairado papel que me tocaba hacer al lado de la robusta tía doña Casilda». El pintor dibuja las escenas con fidelidad pero en el perfil de las sierras y la arboleda que se ve en ellas, demuestra además que conoce perfectamente los lugares por los que discurre la romería.

La lámina número 11 nos explica una situación inesperada:

Andando por aquella espesura hubo un momento en el cual, no acierto a decir cómo, Pepita y yo nos encontramos solos: yo al lado de ella. Los demás se habían quedado atrás. (...) Pepita había dejado

en la casería la larga falda de montar y caminaba con un vestido corto que no estorbaba la graciosa ligereza de sus movimientos. Sobre la cabeza llevaba un sombrero andaluz, colocado con gracia. En la mano el látigo, que se me antojó como varita de virtudes con que pudiera hechizarme aquella maga. (60)

La siguiente escena (lámina 12) interpretada por Lozano Sidro, en contraste con la anterior, es el bullicio de una fiesta con niños. La fiesta de la Cruz de Mayo se describe detenidamente y concluye así:

Ocho niños de cinco o seis años, representando los siete Sacramentos (...) bailaron a modo de una contradanza muy bien ensayada. El bautismo era un niño vestido de catecúmeno con su túnica blanca; el orden, otro niño de sacerdote; la confirmación, un obispito (...) el matrimonio un novio y una novia (...) Los niños, hijos de criados y familiares de la casa de Pepita, después de hacer su papel, se fueron a dormir muy regalados y agasajados. (69)

El pintor demuestra aquí la maestría (patente en otras muchas obras suyas) para retratar grupos numerosos de gente en espacios reducidos consiguiendo que todos los personajes tengan su protagonismo...

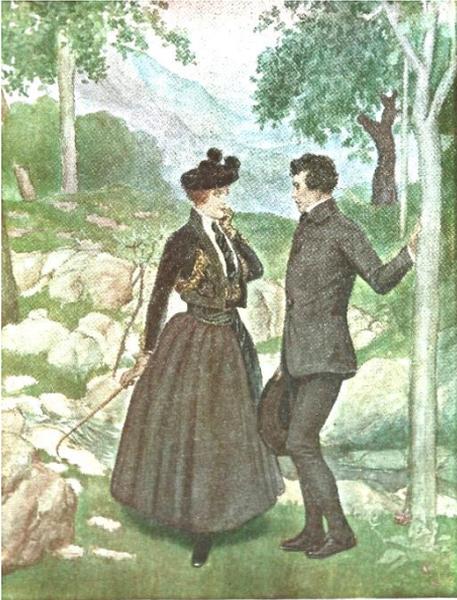


Ilustración núm. 11

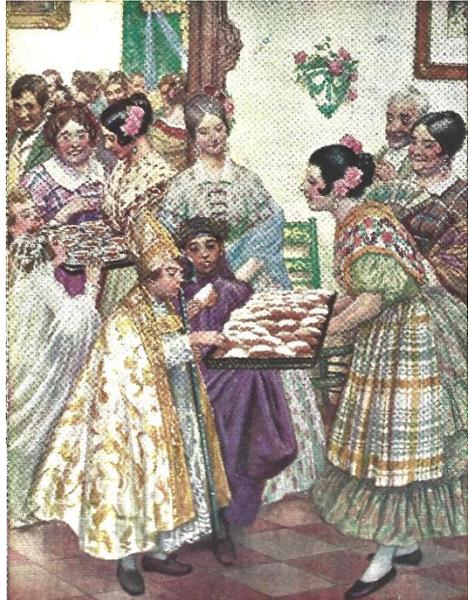


Ilustración núm. 12

Y la ilustración número 13 no es menos dinámica que la anterior. D. Luis ha aprendido a montar a caballo incitado por Pepita y por su padre; cuando ya sabe montar entra un día, a lomos de «Lucero» por las calles del pueblo. Dice Valera:

No hay que afirmar que pasamos por la de Pepita, quien de algún tiempo a esta parte se va haciendo algo ventanera y estaba a la reja, en una ventana baja, detrás de la verde celosía. No bien sintió Pepita el ruido y alzó los ojos y nos vió, se levantó, dejó la costura que traía entre manos y se puso a mirarnos. Lucero, que según he sabido después, tiene ya la costumbre de hacer piernas cuando pasa por delante de la casa de Pepita, empezó a retozar y a levantarse un poco de manos. Yo quise calmarle, pero (...) se alborotó más y empezó a dar resoplidos, a hacer corvetas y aún a dar algunos botes; pero yo me tuve firme y sereno, mostrándole que era su amo... (75)

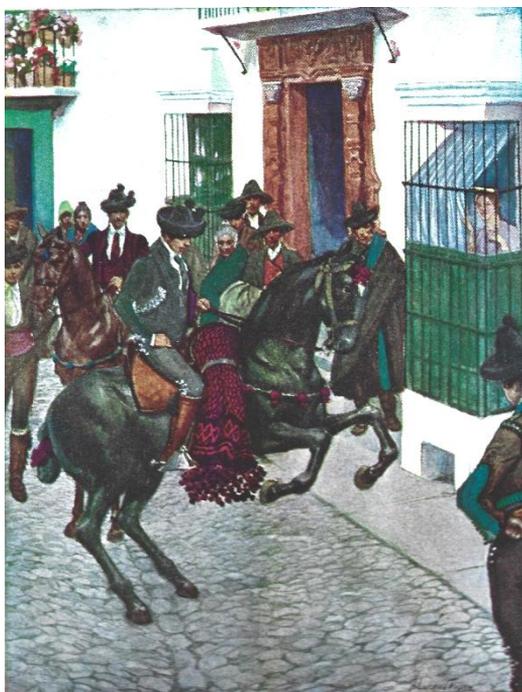


Ilustración núm. 13

En varias de las ilustraciones pintadas por Lozano Sidro aparece la criada Antoñona. En la número 18, el texto de Valera es simple y escueto: «Antoñona venía resuelta a tener una conferencia muy seria con D.

Luis...» (132). Pero de Antoñona se habla en varias escenas de la novela hasta el punto de que puede ser considerada como uno de los personajes decisivos de la trama:

Antoñona tendría 40 años —escribe Valera—, y era dura en el trabajo, briosa y más forzada que muchos cavadores. Con frecuencia levantaba poco menos que a pulso, una corambre con tres arrobas de aceite o de vino y la plantaba sobre el lomo de un mulo, o bien cargaba con un costal de trigo y le subía al alto desván donde estaba el granero. (116)

Comentamos finalmente la imagen número 20, última de las ilustraciones.

Aquella noche dio D. Pedro un baile estupendo en el patio de su casa y salones contiguos. Criados y señores, hidalgos y jornaleros, las señoras y señoritas y las mozas del lugar, asistieron y se mezclaron en él (...), Cuatro diestros, o si no diestros, infatigables guitarristas, tocaron el fandango. Un gitano y una gitana, famosos cantadores, entonaron las coplas más morosas y alusivas a las circunstancias. Y el maestro de escuela leyó un epitalamio en vero heroico. Hubo hojuelas, pestiños, gajorros, rosquillas, mostachones, bizcotelas y mucho vino para la gente menuda. El señorío se regaló con almíbares, chocolate, miel de azahar y varios rosolis y mistelas aromáticas y refinadísimas. (202)



Ilustración núm. 18

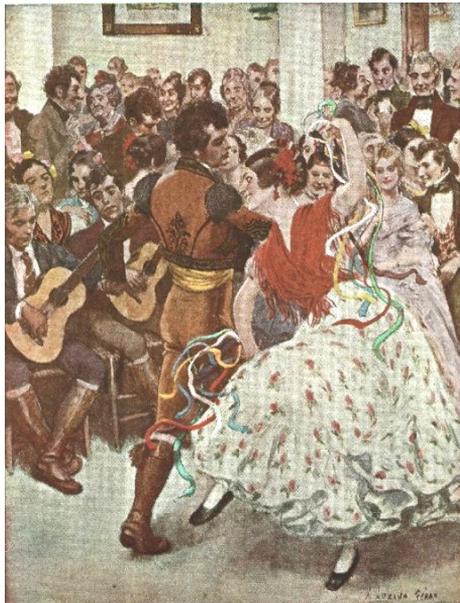


Ilustración núm. 20

De nuevo expresa el pintor, de forma magistral, el ajetreo de una fiesta en la que todos, familiares, amigos, vecinos y criados, mayores y niños, quieren expresar su alegría por un acontecimiento que les hace felices.

Una vez leída la novela y observadas atentamente las ilustraciones, se entiende que el contenido de éstas es tan rico, porque Lozano Sidro conocía perfectamente el escenario en el que transcurre la acción. El pintor pertenecía a una familia de la pequeña burguesía andaluza; había vivido (y todavía pasaba los veranos) en viviendas y cortijos similares a los que describe el novelista; sin ir más lejos, podríamos hablar de la casa de su hermana Amelia, en la que se alojaba cuando venía a Priego y que hoy es el Museo Adolfo Lozano Sidro. Es decir, que el artista plasmó en su obra para Pepita Jiménez ese mundo de las artes y costumbres populares que abarca desde el vestuario hasta el mobiliario, pasando por las formas e instrumentos del trabajo en el campo, las fiestas, las expresiones de la religiosidad popular o la gastronomía. Todo ello, interpretado con la insuperable técnica pictórica de Lozano Sidro, dieron como resultado una de las series de mayor calidad en la ilustración española del siglo XX.

Así lo entendieron los críticos de arte de aquella época y los propios artistas. En el diario *El liberal* de Madrid apareció una crónica firmada por L.P.B. en la que se decía:

Tan legítima es la fama de que goza el artista y tan relevante su personalidad, que una vez escrito el nombre de Lozano Sidro, están de más los adjetivos encomiásticos. (...) Las escenas más culminantes que se van sucediendo en la novela del gran maestro de las letras españolas, tienen insuperable intérprete gráfico en Lozano Sidro. Viven plásticamente las figuras de los personajes; son como pensamos que debían ser... (...) Empresa de arte de tanta altura solo puede ser acometida, para triunfar en ella, por un artista como Lozano Sidro, maestro en el dibujo, impecable en la línea, y en cuya paleta sabe hallar la elegancia del tono y la delicadeza del matiz.

En otro diario madrileño, cuya cabecera no hemos podido identificar ya que solo conservamos el recorte de una hoja del periódico, escribe Turbel:

La heroína de Juan Valera ha sido encarnada maravillosamente por los pinceles de Lozano Sidro, y puede decirse que le llegó su hora de plasmarse de modo definitivo. Pepita, la mujer más mujer que creó don Juan, está en aquellas acuarelas tal y como fue; graciosa, bellísima, discreta, nerviosa, recatada cuando conviene, amorosa

cuando precisa. (...) Toda la «mise en scène», muebles, cacharros, grabados, trajes, comparsas, pormenores arquitectónicos, minucias delicadísimas, rodea a los personajes tan evocativamente que se vive con ellos y en aquella época romántica y que ahora nos parece ingenua y encantadora. La ilustración de «Pepita Jiménez» es un acierto pleno y formidable.

Más recientemente, concretamente en 1985, el profesor y crítico de arte Francisco Zueras, en un extenso trabajo biográfico, escribió: «Dentro de la faceta de la ilustración Lozano Sidro realizó obras de un grandioso sentido lírico». Y refiriéndose a las ilustraciones para la obra de Juan Valera, nos dice: «Realizó una veintena de acuarelas verdaderamente deliciosas, retratando a Pepita graciosa y bellísima, discreta y nerviosa, recatada cuando conviene y amorosa cuando precisa».

Y por último, quiero citar a D.^a Mercedes Valverde Candil, que, en su texto para el catálogo general de la obra del pintor, editado en el año 2000, escribió:

La identificación narrativa que hace Lozano Sidro, de la novela, es casi cinematográfica. Los personajes son actores de un cine mudo que transmite un campo variadísimo de actitudes y sentimientos a través de los retratos psicológicos de sus integrantes. Es difícil ya, separar los personajes de Valera de los imaginados por Lozano Sidro como si hubiese llegado la hora de fijarse definitivamente en una simbiosis perfecta entre el literato y el pintor. (Catálogo pág. 93).

Y para terminar, quiero decir que de *Pepita Jiménez* se han hecho más de cien ediciones desde su publicación, pero que, según las indagaciones que he realizado, solo se ha editado con las ilustraciones de Lozano Sidro en aquella edición de lujo realizada en 1925 (es decir, hace cien años). Nunca más se ha editado la novela con las ilustraciones. Dado que entonces solo se imprimieron 200 ejemplares y que se repartieron por suscripción, podemos deducir que las ilustraciones de Lozano Sidro son completamente desconocidas por el gran público. Con el objetivo de que se supere esa situación, hemos propuesto a los ayuntamientos de Priego y de Cabra, que, conjuntamente y aprovechando la celebración de este 200 aniversario del nacimiento de Juan Valera, y primer centenario de la edición de lujo comentada, promuevan la realización de una nueva edición de *Pepita Jiménez*, con las ilustraciones de Lozano Sidro. Creo que el novelista egabrense y el pintor prieguense, de sobra lo merecen.